

LAS EXPLICACIONES DEL “FRACASO” ARGENTINO

Jorge Saborido

El mediocre comportamiento de la economía argentina desde 1930 es un tema que no solo ha sido abordado por historiadores y economistas del país sino que muchos de los especialistas más conocidos del mundo le han dedicado su atención.

Y no es para menos: la revisión de las estadísticas nos permite percibir con rapidez las dimensiones del derrumbe. Para no abrumar: la comparación del PIB/habitante de la Argentina con 9 países importantes del planeta ubicados en América, Asia y Oceanía arroja el siguiente resultado:

Relación del PIB/habitante respecto de la República Argentina en 1930 y 2000

	1930	2000
Alemania	0.97	2.18
Australia	1.15	2.52
Brasil	0.26	0.65
España	0.64	1.79
Estados Unidos	1.52	3.29
Francia	1.11	2.44
Japón	0.45	2.46
México	0.40	0.84
Reino Unido	1.33	2.31

Como se puede apreciar, la *performance* argentina ha sido tan pobre que todos los países considerados, con independencia de su evolución individual, la superaron ampliamente.

¿Qué pasó con la Argentina? Utilizando la conocida expresión de Mario Vargas Llosa, ¿por qué y cuándo se “jodió” la Argentina?

Este texto, aun inconcluso, intenta revisar las principales interpretaciones sobre el tema, dejando para la exposición y el coloquio alguna evaluación crítica de las mismas.

En primer término, haremos una división entre aquellas explicaciones que se vinculan con factores estructurales, y las que son resultado de procesos históricos particulares, lo que nos remite sobre todo a las políticas económicas implementadas.

a) Explicaciones estructurales.

1) La importancia de legado colonial

Esta interpretación tiene numerosas variantes, las que sin embargo atribuyen el origen de todos los males a una herencia que en general se remonta al período colonial. Éste habría legado un conjunto de prácticas, instituciones, e incluso una estructura económica, reñidas con la formación de una sociedad moderna.

En una de esas explicaciones, el autoritarismo, el caudillismo y la permanencia de una elite oligárquica basada en el dominio sobre la tierra, característicos de un orden social pre-moderno, habrían bloqueado las transformaciones económicas –fundamentalmente la industrialización-

impulsadas por los nuevos sectores inmigrantes, que carecían de peso político para poder aspirar al éxito.

2) El peso de las instituciones.

En la visión del neoinstitucionalismo, las causas del atraso deben buscarse en una inadecuada definición de los derechos de propiedad, que incrementan los costos de transacción. Entonces, Argentina desde su origen habría contado con un sistema institucional que entorpeció el crecimiento económico.

3) Las teorías dependentistas.

Las teorías de la dependencia, tan en boga en los años 60 y 70, también tuvieron su variante argentina. En su versión más elaborada, la dependencia excesiva respecto de Gran Bretaña fue la causa de su posterior caída. El crecimiento estaba asociado a la exportación de productos primarios a GB, con el cambio de liderazgo en la economía mundial quedó al descubierto la endeblez de la posición argentina, obligándola a buscar un nuevo tipo de crecimiento.

4) La inexistencia de una clase que lidere el proceso.

La preocupación marxista por buscar una “burguesía nacional” impulsora del desarrollo capitalista local llevó a analizar el papel de los dueños de la tierra. En esta variante interpretativa, la “oligarquía terrateniente” no es una clase retardataria, pero las facilidades de enriquecimiento que provenían de la tierra desestimularon un desarrollo propiamente capitalista, y además la dependencia de los factores externos, siempre fluctuantes, promovieron unos comportamientos más especulativos que productivos : preferencia por la ganadería, que demanda una menor inversión fija; multimplantación (inversiones diversificadas para disminuir el riesgo).

b) Las políticas económicas.

Estas explicaciones atribuyen importancia a las políticas económicas como impulsoras o como obstáculos para el crecimiento.

En la perspectiva neoclásica, el crecimiento debería ser el producto natural proveniente de una situación de equilibrio y mercados perfectos; si esta situación no se alcanza se deberá a las políticas económicas que generan efectos distorsionantes.

Por el contrario, desde una mirada tributaria de las ideas de Keynes (y también de autores como Alexander Gerschenkron), se considera que algunas políticas económicas son necesarias para suplir las fallas de los mercados (incentivos a la inversión, desarrollo de sectores que garanticen un proceso de crecimiento sostenido).

Por lo tanto, las políticas económicas –o la ausencia de ellas- están en el centro de la discusión alrededor del fracaso argentino.

1) Insuficiente intervención del Estado.

El núcleo de esta explicación proviene del estructuralismo de la CEPAL, y su más reconocido expositor es Aldo Ferrer.

En su visión, las principales causas del estancamiento del PIB posterior a 1948 –año clave porque se agota en ese momento el impulso de la guerra y la posguerra- deben buscarse en las erróneas políticas económicas implementadas desde 1930.

Al no diagnosticar adecuadamente las causas del estancamiento ni proponer soluciones correctas, el país no pudo realizar a tiempo los ajustes necesarios para adaptarse a las nuevas condiciones del desarrollo económico moderno y a la cambiante realidad internacional. Del rumbo

que adoptara la política económica dependía que la industrialización condujera al desarrollo o al estancamiento.

Entonces, el inadecuado diseño de estas políticas dio por resultado una economía industrial “no integrada”, con una fuerte demanda de bienes importados. Revertir esta situación requería el desarrollo de industrias básicas –energía, bienes de capital- y además un activo papel del Estado.

En las décadas de 1930 y 1940 la industria experimentó un vigoroso desarrollo pero al no encararse decididamente una política que fomentara la industria pesada, no se superaron las insuficiencias de la estructura económica del país. Agotada la llamada “industrialización sustitutiva fácil”, la economía se estancó y los intentos posteriores fueron cortos e insuficientes.

2) El Estado como factor distorsivo.

El historiador económico cubano Carlos Díaz Alejandro fue quién formuló de manera más elaborada la interpretación neoclásica de la decadencia argentina.

De acuerdo a esta visión, pese a la desigualdad en la distribución de la tierra, la Argentina había alcanzado un sólido desarrollo pero la alteración de los mercados producida por la crisis de los años 30 implicó un freno al desarrollo, al deteriorar coyunturalmente los términos del intercambio y dificultar la colocación de las exportaciones argentinas.

Sin embargo, para la segunda mitad de la década la situación se estaba modificando y la Argentina estaba retomando la senda del crecimiento, sin embargo, este proceso fue interrumpido por un desgraciado giro de las políticas económicas, que trajo consecuencias duraderas para la economía del país.

El control de cambios y el proteccionismo, respuestas a la crisis internacional, condujeron a un cierre parcial de la economía y a una transferencia de recursos desde el Estado al Estado y al sector industrial.

Sin embargo, lo que eran soluciones coyunturales a la espera de que la situación mundial se normalizara, se transformaron en el eje de la política económica del peronismo. Por distintas razones –entre la que los temores respecto de una Tercera Guerra Mundial ocupaba un lugar significativo- el aislacionismo se acentuó.

Se dio prioridad a la industrialización sustitutiva y a las políticas sociales: salarios altos y precios bajos de los alimentos, créditos subsidiados a la industria (para compensar los salarios) fueron algunos de los rasgos del nuevo tipo de desarrollo. El Estado amplió su presencia – nacionalizaciones- y obtuvo recursos de su control de las exportaciones.

En los primeros años de la posguerra los altos precios de los alimentos impulsaron un fuerte crecimiento pero luego la necesidad de insumos importados para la industria comenzó a generar problemas, ya que las exportaciones agrarias estaban estancadas o en retroceso como consecuencia de precios relativos que desalentaban la inversión.

Aunque luego de derrocado el peronismo –y aun antes- se buscaron remedios a estos problemas -estimular la inversión externa, desarrollar la industria pesada, impulsar las exportaciones industriales, favorecer la producción agraria- se mantuvo la tendencia al cierre de la economía y a la promoción de la industrialización sustitutiva, desaprovechando la favorable situación de la economía mundial hasta los años 70.

Además, la necesidad de financiar un déficit fiscal creciente condujo a una inflación crónica, y las políticas de estabilización monetaria y equilibrio externo –devaluación, austeridad fiscal- a las que se recurría para controlar la inflación y equilibrar las cuentas externas provocaban severas recesiones (ciclos de *stop and go*).

La fase culminante de este ciclo se produjo a partir de 1975: en un escenario económico dominado por una inflación incontrolable, la apertura de la economía impulsada por los militares, acompañada de un tipo de cambio sobrevaluado destinado a contener la inflación, terminó provocando la crisis de la deuda externa a principios de los 80 (sin terminar con la inflación), y dejando como saldo un largo período de estancamiento.

3) La política económica y las instituciones.

Aceptando en general la explicación de Díaz Alejandro, algunos economistas liberales han buscado responder al interrogante de por qué se habían adoptado políticas tan ineficientes.

Juan Llach, en una obra que tuvo mucha repercusión a fines de los años 80, destacó que el principal factor de estancamiento del país ha sido la falta de consenso social y de una estructura de contratos creíbles y capaces de impulsar el crecimiento económico, lo que habría llevado al país a convertirse en un caso límite de inestabilidad política.

La década de 1950 y las de 1970-80 fueron, en su opinión, los dos períodos más negativos, y las convulsiones políticas, económicas y sociales que abundaron en esos años dejaron tres tipos de secuelas: 1) Institucionalizaron lo que denomina un “mercado internismo rentístico”, que implicaba que el crecimiento económico dependía de la expansión del mercado interno, y éste a su vez estaba condicionado por la renta de sus recursos naturales que el país pudiera captar a través del comercio exterior. Según Llach, la Argentina vivió un proceso de modernización social y política temprana, más acelerado que la modernización económica, generando un desequilibrio entre las demandas sociales y la capacidad del Estado para satisfacerlas; 2) desde los años 70 se manifestaron una serie de trabas al crecimiento: endeudamiento externo, fuga de capitales, inversión casi nula, distribución regresiva del ingreso y crisis del estado; 3) se

produjo una pérdida de credibilidad de las principales instituciones y contratos económicamente relevantes, producto de las secuelas históricas de *shocks* inflacionarios y convulsiones sociopolíticas.

Desde esta perspectiva, la causa última de la declinación argentina – recordemos, está escribiendo a fines de los 80- debe buscarse en las estructuras políticas que condicionaron el desarrollo de las políticas económicas.

Una versión más reciente y elaborada es la que brindan Pablo Gerchunoff y Lucas Llach (hijo del anterior) en un par de obras recientes. En principio, para estos autores el fracaso argentino no parece tener una explicación general, sino que es más bien el resultado de una desafortunada secuencia de acontecimientos fortuitos, secuencias adversas y decisiones desacertadas.

Sin embargo, en una visión más amplia, los autores parecen sugerir que las presiones político-sociales hacia una mayor igualdad en la distribución del ingreso suelen generar políticas económicas que dificultan el crecimiento. Problemas de eficiencia productiva e inversión propios de una economía cerrada hicieron lento el desarrollo en la posguerra, y la amenaza fiscal e inflacionaria lo detuvo desde 1975. Para recuperar el crecimiento, parece necesario asegurar el superávit fiscal en una economía abierta y para que ello sea posible se requieren salarios bajos (para asegurar la competitividad) y controlar el gasto.